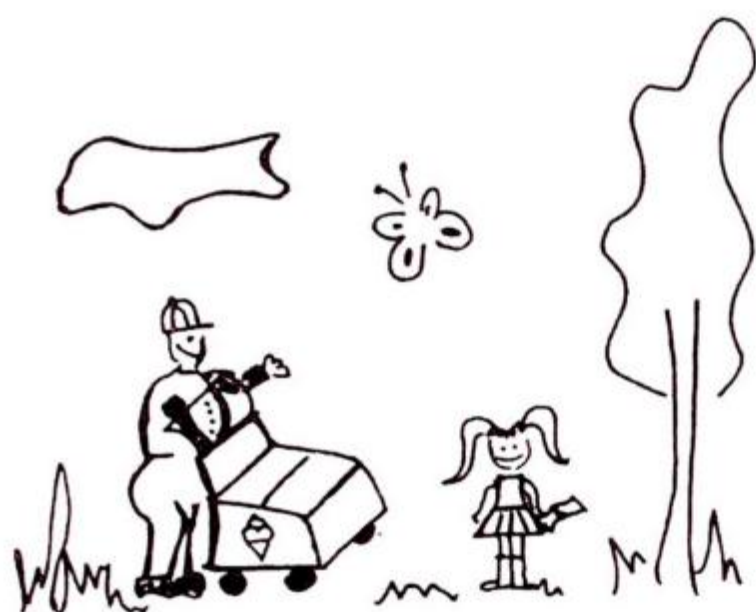


cuando quieren enrostrarle a alguien su origen: "A Reyes denle lo del sable en plata, como el chocolate de las sirvientas".



Pasa la guerra de los Mil Días, Reyes ha viajado en varias ocasiones a Europa y a los Estados Unidos, unas veces como diplomático, otras como particular; ha realizado numerosas transacciones y negocios; es un hombre rico. El 7 de agosto de 1904 Rafael Reyes asume la presidencia de un país en ruinas y consumido internamente por los rencores y las hogueras humeantes de la guerra. Pronto las diferentes facciones de uno y otro partido comienzan a entorpecer sus intentos por recomponer el Estado y por reconstruir la economía. Reyes decide entonces cerrar el Congreso. Se hace, pues, dictador, pero, y esa es la tesis de Lemaitre, un dictador necesario para el momento, que asume su condición de manera magnánima, sin ánimos de venganza y manejando la situación con equilibrio y mano firme. Pronto su intuición en el campo económico comienza a dar resultados. Emprende la primera gran ofensiva en importantes obras de ingeniería, impulsa la navegación por el Magdalena, reconstruye caminos, hace puentes, se trazan las primeras carreteras. La carretera que todavía hoy en día comunica al departamento del Chocó con el interior del país, fue construida durante el gobierno de Reyes. Es un hombre de acción y bondadoso, aunque terriblemente astuto, y a quien no le temblará el pulso ante las situaciones azarosas. El 10 de febrero de 1906, en vísperas del matrimonio de

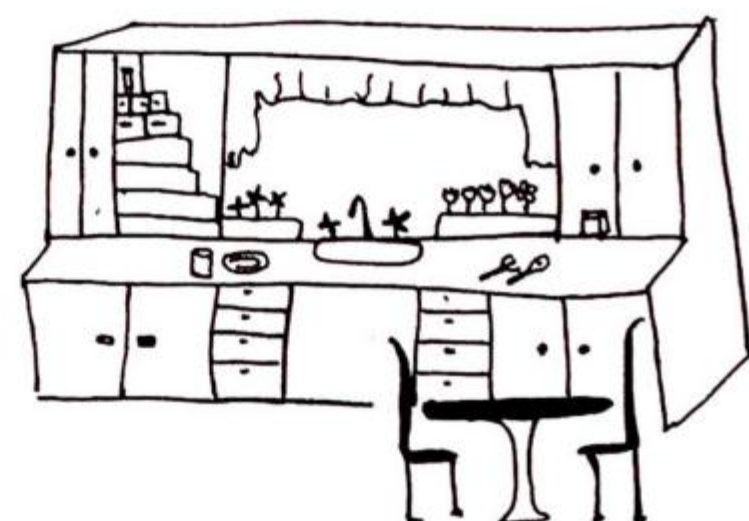
una de sus siete hijas, mientras daba un paseo con ella en su landó por lo que en ese entonces eran las afueras de Bogotá, unos jinetes los atacan y descargan contra ellos sus revólveres, con la buena suerte de que ambos salen ilesos. Los conspiradores son enviados a presidio en Mocoa y los sicarios son condenados, tras un breve juicio, a la pena capital, que era permitida en ese entonces por la Constitución, y se les ejecuta en el sitio de Barrocolorado —donde es actualmente la Universidad Javeriana—. Probablemente ése era el único camino a seguir en ese momento, como un acto ejemplificante y para evitar que el orden y la calma —apenas restablecidos— se vieran turbados de nuevo; pero marcó un hito en el gobierno de Reyes que sus enemigos y detractores no dejaron de aprovechar.

El 13 de marzo de 1909, tras seis años de gobierno, el general Rafael Reyes renuncia a la presidencia. Pero a las pocas horas, luego de algunos amotinamientos en la capital, reasume y gobernará hasta el mes de junio, cuando ya definitivamente deja el poder. Viaja al exilio en Europa y vive en diferentes países. A Colombia llegan las noticias de que está en Italia, luego en Austria... Tan solo vuelve al país en 1918, cuando el presidente José Vicente Concha le concede autorización. Pero ya será para pasar los últimos años de su vida al lado de sus hijas y sus nietos. El viernes 18 de febrero de 1921 murió. Momentos antes de su deceso pidió que lo vistieran, "porque quiero evitarles el trabajo de amortajarme", dijo.

En homenaje que le hiciera recientemente la Universidad de los Andes, el maestro Jaime Jaramillo Uribe nos habla sobre la importancia del conocimiento de la historia:

Nos sirve [la historia] ante todo para adquirir algo decisivo para nuestra educación personal y para nuestra actividad como ciudadanos. Nos da y es quizás el único saber que puede darnoslo, el sentido de la realidad, que parodiando lo que se ha dicho sobre el sentido común, es el

menos común de los sentidos. Otorgándonos ese precioso don, la historia nos libra de las muchas ilusiones y de las muchas utopías en cuyo nombre se han producido tantos acontecimientos trágicos e inútiles.



Ignoro si existan otras biografías sobre el general Rafael Reyes, pero de lo que sí estoy seguro es de que es muy difícil que superen a esta obra de Eduardo Lemaitre. Es un gran libro, sobre un hombre polémico, escrito por un gran escritor.

FERNANDO
HERRERA GÓMEZ

Demasiados silencios

Silencios históricos del siglo XIX:
Ezequiel Uricoechea

Inés Arias Arias

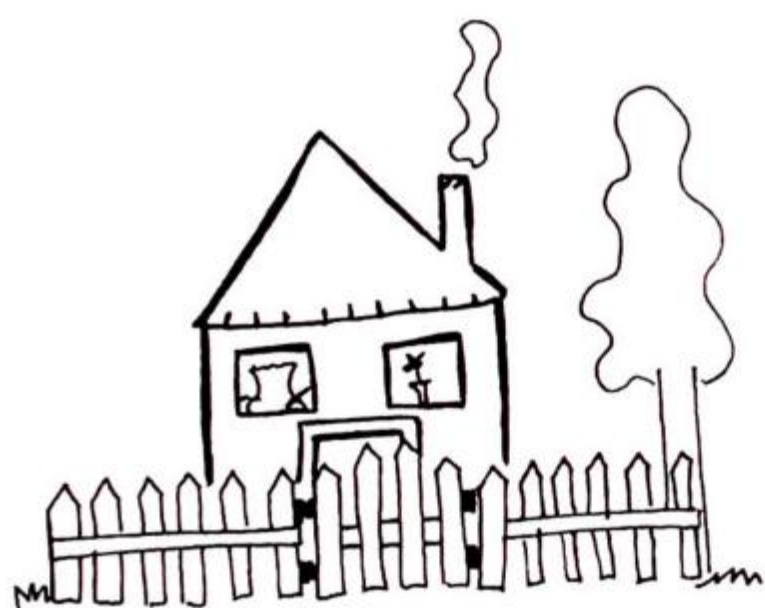
Antares Impresores, Bogotá, 2002,
236 págs.

Es necesario advertir que estamos ante un libro muy mal editado; con muchos errores tipográficos, como si no lo hubiesen sometido a una etapa de corrección. Además, está mal escrito, plagado de reiteraciones y, en los capítulos finales, con frases apresuradas e inconexas. Todo eso, sin duda, opaca cualquier esfuerzo argumentativo.

Puede comprenderse que Inés Arias Arias deseó explicar la vida y la obra de don Ezequiel Uricoechea a la luz del significado y de las implicaciones de la pugna entre lo que ella denomina "el absolutismo

republicanizado” y “el radicalismo”. La autora anuncia en las primeras páginas que se concentrará en el estudio del “radicalismo en Colombia” porque parte, además, de concebir al científico Uricoechea como un radical cuyos “aportes intelectuales tienen lugar en la segunda mitad del siglo XIX”.

Según la perspectiva que anuncia la autora, el libro se torna muy sugestivo en apariencia. Nos insinúa un modelo interpretativo que sería útil no solamente para comprender los aportes de cualquier científico o político de la época, sino que también nos permitiría comprender el carácter mismo de la segunda mitad del siglo XIX en Colombia; nos permitiría comprender las tensiones y las disputas entre dos concepciones aparentemente irreconciliables y excluyentes en la construcción del Estado-nacional.



Sin embargo, el libro nos decepciona muy pronto, por varias razones. Entre tantas razones hay una evidente: a la autora no le parece suficiente aventura lo que se ha propuesto, porque de inmediato le agrega otros compromisos a su libro. Como si lo que nos ha anunciado no tuviera ya demasiadas implicaciones, Arias Arias añade a su trabajo “el pertinente asunto de los pobres”. Francamente, nos parece muy difícil hallar una conexión inmediata entre un estudio de un científico-letrado del siglo XIX y el problema de la pobreza en América Latina. No dudamos que la relación pueda existir, lo que sí es cuestionable es que entre lo uno y lo otro podamos dar un salto expositivo sin consecuencias sobre la profundidad

de la tarea que nos planteamos. Viendo el libro en su totalidad, la autora no nos deja satisfechos ni en el estudio de don Ezequiel y su obra, ni en su planteamiento del dilema entre absolutismo y radicalismo, ni mucho menos en su respuesta a por qué somos pobres. Así que demasiadas preguntas, demasiadas expectativas y, al final, pocos resultados.

El modelo que insinúa es, en sus generalidades, acertado. Es decir, la autora ha logrado percibir cuál fue el conflicto fundamental del proceso de formación republicana en Hispanoamérica. En gran medida fue la oposición entre una visión del mundo anclada en el Viejo Régimen teocrático y absolutista y aquella fundada en los valores del Nuevo Régimen republicano, liberal, constitucionalista. Un modelo fundado en las jerarquías verticales del dominio institucional católico sobre la sociedad y otro que anunciaba las libertades individuales y la instauración de la categoría política del ciudadano. Ese conflicto lo vivieron, con sus respectivos matices e intensidades, la Francia de los tiempos posteriores de su Revolución de 1789 y los países hispanoamericanos luego de la separación del dominio español.

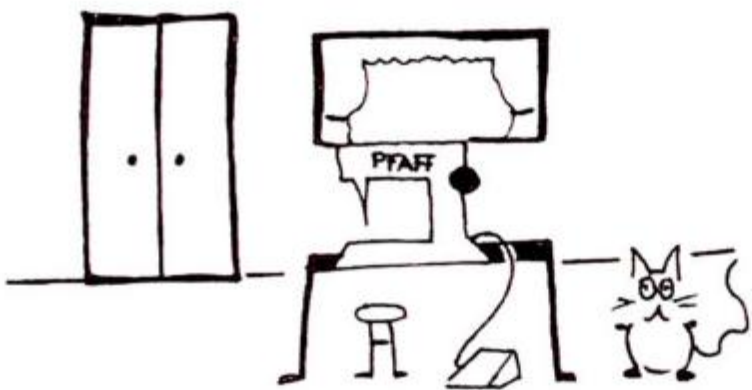
Insistamos en que, en términos generales, la autora plantea bien este dilema para intentar explicar el devenir de la obra y la vida de Uricoechea. Para ella, por ejemplo, está claro que en Colombia finalmente se impuso la exclusión definitiva del radicalismo con el triunfo de la Regeneración, régimen teocrático en que se plasmaron los “ideales del absolutismo republicanizado”. También está claro para la autora el relativo proceso de independencia; la oposición ideológica entre el legado bolivariano y el republicanismo laico plasmado en la figura de Santander. Igualmente examina el problema de la relación de las elites liberales con los grupos artesanales. Es decir, el panorama de los conflictos ideológicos y políticos del siglo XIX está, en sus generalidades, bien definido. La autora, quizá sin proponérselo, percibe que buena parte de aquella

época estuvo sometida a un “conflicto triangular” en que, por supuesto, participaron tres fuerzas históricas: las elites del liberalismo, la Iglesia católica y su laicado conservador, y los “sectores populares” que oscilaban entre el apoyo al liberalismo o al catolicismo.

Aunque el planteamiento en sus bases parezca acertado o, al menos, apropiado para comprender la historia colombiana del siglo XIX, la autora falla a la hora de caracterizar el radicalismo y el liberalismo en nuestras circunstancias concretas. Y, enseguida, la autora falla en colocar a Uricoechea en la línea definida del radicalismo. Creo que Arias Arias se excede en la valoración de la vida y la obra de Uricoechea; tal vez exagera en presentarlo como una singularidad que, de todos modos, participó de las condiciones generales del notablato hispanoamericano de la época. Además, la autora desestimó o ignoró una abundantísima bibliografía historiográfica —no solamente colombiana— que le habría ayudado a descifrar las tendencias históricas de los liberalismos —valga la pena subrayar esa pluralidad— que habitaron y se enfrentaron justamente en la segunda mitad del siglo XIX colombiano. El liberalismo radical colombiano no fue una corriente definidamente laica ni popular; fue más bien un liberalismo de elite, oligárquico, coyunturalmente aliado al artesanado urbano. El liberalismo radical que controló el Estado desde 1867 fue el resultado del forcejeo con el liberalismo militar del general Mosquera y con el liberalismo conservador y procatólico de la costa atlántica; ese liberalismo radical fue un liberalismo sin pueblo, sin masas, luego de la fracasada relación que hubo entre elites liberales y pueblo durante el periodo 1846-1854. Nuestro radicalismo fue, por tanto, excluyente y limitado en sus alcances. Muchos de sus miembros, o casi todos, no resolvieron siquiera en sus vidas privadas el peso ancestral de la devoción católica.

De tal manera que la autora exagera en su caracterización del radicalismo en Colombia y, también, en

su caracterización de don Ezequiel Uricoechea como un genuino radical. Da la impresión de que la autora toma partido, lo cual no es pecado, por la solución liberal radical en la construcción de la nación colombiana. Lo que sí puede ser un pecado es concederle al liberalismo radical una superioridad que no tuvo. La utopía liberal fue, ha sido, una mentira tan funesta como la de la tradición católica. Tanto el constitucionalismo liberal como el absolutismo teocrático han sido, en América Latina, credos sostenidos por minorías activas. Unos decían que todos éramos hijos de Dios y los otros postulaban la igualdad abstracta de los hombres ante la ley. En el caso liberal, sobre todo, "se sacrificaba la realidad a las palabras" como dijo Octavio Paz. Ésa ha sido la "hermosura estéril" de un liberalismo que sólo alimentó a las minorías ilustradas a las que pertenecía don Ezequiel Uricoechea.



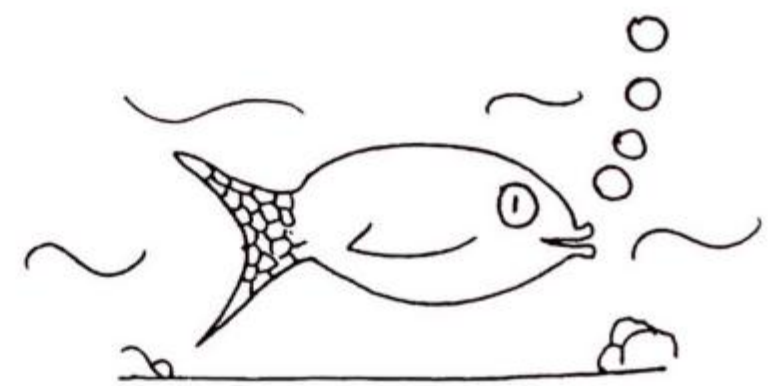
Y, bien, para hacer más cuestionable su semblanza de este personaje, Arias lo ubica en un ateísmo sin concesiones porque su vida "fue lo opuesto a la religión en el siglo XIX: las ciencias". Es posible que el señor Uricoechea sí haya sido un ateo inmaculado, pero la autora escogió un camino persuasivo demasiado fácil y erróneo. La práctica de la ciencia no fue ni ha sido un camino opuesto al de la religión. El radicalismo tampoco fue en el siglo XIX la garantía de una vida atea; la misma Inés Arias lo dice en varias partes. Y, aún más, la autora ni siquiera logra convencernos de que Uricoechea fue un liberal radical. Muy difícil, además, determinarlo, porque el filólogo bogotano se fue definitivamente del país poco después del derrocamiento de Mosquera, por

quien Uricoechea sentía simpatía; es decir, se fue en vísperas del periodo de dominio radical, en vísperas del proyecto educativo del radicalismo. ¿Por qué, entonces —habría que preguntarle a la autora de este libro—, considera a Uricoechea un radical?

Inés Arias Arias es, de todos modos, audaz al intentar una caracterización de lo que ella denomina "silencios históricos". El capítulo segundo es una enjundiosa disertación acerca de los silencios o mitos asociados a la construcción del mundo republicano. Pero queriendo desentrañar la vacuidad de los mitos sobre nuestros orígenes republicanos, la autora terminó proponiendo otros. Es cierto que ha habido una historia oficial que ha impuesto una heroicidad funesta, unos valores y unos nombres ahora discutibles y discutidos. Sin embargo, la autora no reconoce, lo que es por lo menos una ingenuidad terrible, que la historiografía universitaria de nuestros días ha contribuido enormemente al cuestionamiento de esos mitos. La autora no admite, o quizá simplemente ignora, que buena parte de la historiografía profesional de los últimos decenios, en Colombia, ha contribuido a desmontar los mitos de la pretendida historiografía tradicional. Es muy extraño, por dar un ejemplo, que la autora no dialogue siquiera con las ya lejanas pero aún útiles reflexiones de Germán Colmenares sobre el discurso de la historiografía oficial del siglo XIX contenidas en las *Convenciones contra la cultura*. Peor aún, su examen del liberalismo y de sus tendencias no parte siquiera de los aportes de algunos autores imprescindibles, al menos como punto de partida.

Revisando la bibliografía que coloca al final de su libro, percibimos que es una lista muy precaria que no incluye textos básicos para este tipo de análisis. Faltan autores y obras sustanciales con respecto a la historia social de las ciencias en Colombia, por lo menos. La lectura de algunos libros "clásicos", como los de Carlos Rama o José Luis Romero, le hubiesen brindado un panorama

explicativo más coherente de don Ezequiel. Hay una reciente e interesantísima bibliografía acerca de los viajeros científicos hispanoamericanos del siglo XIX que le hubiese ayudado a Arias a entender mejor el nomadismo de su personaje. No sé si esas ausencias tienen que ver con los "silencios históricos" que Arias Arias ha querido denunciar o si son simples omisiones cándidas de alguien que no está muy sintonizado con las novedades de las ciencias sociales.



A propósito de esos silencios o mitos que la autora quiso desentrañar en este libro, hubiese sido más interesante que ella profundizara en el carácter de las relaciones entre intelectuales hispanoamericanos y Europa. En algún pasaje de su libro se aproxima a este problema pero el desarrollo es incompleto. Tampoco nos explica el sentido que tuvieron determinadas disciplinas científicas en el siglo XIX; cómo se explican en el contexto del imperialismo científico de ese siglo los intereses etnográficos y filológicos de Uricoechea, su pasión por las lenguas de las comunidades precolombinas. Arias no nos dice nada sustancial al respecto. De haberlo hecho, habríamos podido entender mucho mejor qué tan original y creador o qué tan subordinado y dependiente fue el señor Uricoechea. Incluso, así habríamos comprendido mucho mejor por qué tuvo una relación epistolar tan constante y tan fructífera con un intelectual aparentemente opuesto como fue Rufino José Cuervo, digno representante del proyecto político y cultural de una república católica. Arias tampoco explica por qué un supuesto radical como don Ezequiel fue abanderado del proyecto hispanófilo y conservador de creación de la Academia Colombiana de la Lengua.

El libro, por tanto, deja muchas dudas. Hay errores lamentables: ¿cuál guerra civil de 1867? No hay rigor ni exhaustividad en el acercamiento a las fuentes primarias; su defensa de la obra del científico colombiano se concentra en las sospechas de plagio que alguna vez consignó Luis Duque Gómez; no hubo una caracterización ordenada y exhaustiva de la producción intelectual de Uricechea. Y faltó diálogo con un conjunto de obras y autores que han aportado en el tema de su libro. ¿Cómo puede ignorar Arias, por ejemplo, lo que ya se ha escrito en la relativización de la figura de José Celestino Mutis? ¿Cómo puede ignorar lo que se ha escrito sobre el impacto de la Comisión Corográfica? En fin, a este libro le hizo falta una revisión de antecedentes historiográficos. En consecuencia, la tarea de examinar la obra y la vida de este científico a la luz de los conflictos inherentes a los proyectos opuestos de construcción de nación en Colombia e Hispanoamérica, durante el siglo XIX, está inconclusa.

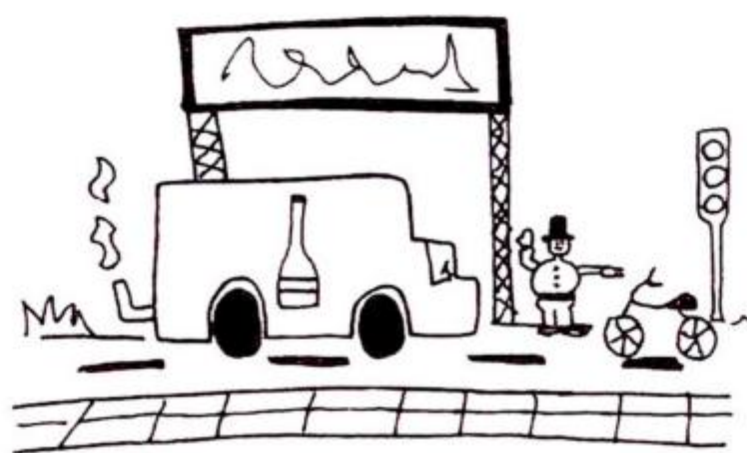
GILBERTO LOAIZA CANO

Una breve antología del vuelo¹

Las impresiones que suscita moverse en el aire sostenido por alas se describen en varias obras de reconocidos narradores. Viajó en fantásticas máquinas voladoras quien leyó el relato de ficción *De la tierra a la luna*, de Julio Verne, y las novelas *Correo del sur* y *Vuelo nocturno*, de Antoine de Saint-Exupéry. Los poetas, otra suerte de aviadores, también con previsibles fallas en su vuelo, han apuntado igualmente en sus libretas las sensaciones que les motivó volar por los cielos. La poesía, se dice, es provocada por experiencias límites, y la de volar lo es.

Las esperas en las salas de los aeropuertos, las despedidas, los despegues, las agonías que producen los

vacíos en pleno vuelo, los transbordos, los arribos a un nuevo terminal, en fin, las escenas habituales por las que pasa un viajero aéreo, han sido meditadas por los poetas con distintos tonos, estilos y sentidos. El viaje y la imaginación, como lo sugiere Eugenio Montejo de Venezuela, suelen partir juntos.



LA VIDA

*La vida toma aviones y se aleja,
sale de día, de noche, a cada
[instante
hacia remotos aeropuertos.*

*La vida se va, se fue, llega más
[tarde,
es difícil seguirla: tiene horarios
imprevistos, secretos,
cambia de ruta, sueña a bordo,
[vuela.*

*La vida puede llegar ahora, no
[sabemos,
puede estar en Nebraska, en
[Estambul,
o ser esa mujer que duerme
en la sala de espera.*

*La vida es el misterio en los
[tableros,
los viajeros que parten o
[regresan,
el miedo, la aventura, los
[sollozos,
las nieblas que nos quedan del
[adiós
y los aviones puros que se elevan
hacia los aires altos del deseo.*

En el poema *Viajeros*, la colombiana Piedad Bonnett sugiere los diálogos y las atmósferas habituales que rodean las separaciones en las antecámaras de los terminales aéreos. Los versos detallan la escena de la despedida, en el aeropuerto de Barajas,

de su amigo, el poeta ya citado, Eugenio Montejo.

VIAJEROS

*Aquella historia, Eugenio, que
[me contaste
en el aeropuerto de Barajas,
de vez en cuando viene,
[milagrosa,
y me acompaña.
Entre aviones que ruedan, entre
[gentes
a las que crecen alas,
sin oír el llamado que hacen los
[altavoces,
camina una muchacha.
Detrás de ella vas tú en tus
[treinta años,
detrás de ti, pausadas, las
[palabras,
detrás de tus palabras la
[“saudade”,
y en fin, mi encantamiento y tu
[callado
rememorar.
Y el tiempo
que ha venido de golpe hasta tus
[sienes
y que ahora señala, banalmente,
que es hora de despedirnos ya.
Nos devora Barajas, boa lenta,
[ondulante.
Tú a tu ciudad de soles, yo a mi
[país de nieblas.
En mi valija
la joya de tu historia,
que hoy brilla en la memoria
[mientras se desvanecen
Barajas, la mañana y el gesto de
[tu mano
que dice adiós al borde del
[poema.*

El griego Dimitris Houliarakis escoge la figura de los kamikaze, esos suicidas aviadores japoneses que en la segunda guerra mundial se lanzaban en picada desde los cielos contra objetivos militares en mar o tierra, para señalarmos un estilo de arrojo si se quiere conquistar el clímax de la altura, o, en otro sentido, la plenitud de la vida.

EL ESTILO

DE LOS KAMIKAZE

*Ahora que se sume en el peligro
[nuestra tierra,*